

Benedicto XIV y el cardenal Passionei.—El capuchino protegido por Passionei.—Comercio de los Jesuitas en el Paraguay y en las misiones.—Lo que era este comercio.—Decreto de Felipe V que le aprueba.—Pombal se imagina que los Jesuitas se han desviado de su instituto.—Pretende atraerles á él.—Benedicto XIV moribundo presta su mano, y firma el breve de visita y de reforma.—El cardenal Saldanha y Pombal.—Los Jesuitas confesores del rey y de los infantes desterrados de la corte.—El provincial Henriquez y el general de la órden mandan guardar silencio y obedecer.—Muerte de Benedicto XIV.—Saldanha hace uso de sus poderes.—Condena á los Jesuitas como convencidos de un comercio ilícito.—Eleccion de Clemente XIII.—Su carácter.—El general de los Jesuitas Lorenzo Ricci se queja del cardenal Saldanha y de sus medidas.—Destierro de los PP. Fonseca, Ferreira, Malagrida y Torres.—El padre Santiago Camera.—Atentado contra la vida de José I.—Es acusado el marqués de Tavora.—Despues de tres meses de silencio es arrestado con toda su familia.—Secretos motivos del ódio de Pombal contra los Tavoras.—El tribunal de la *Inconfidencia* presidido por Pombal.—Los Tavoras en el tormento.—El duque de Aveiro en la tortura se acusa á sí mismo.—Acusa á sus parientes y á los Jesuitas.—Malagrida, Matos y Juan Alejandro condenados á la última pena.—Los demas Jesuitas sospechosos.—Manifiesto de José I á los obispos portugueses.—Doscientos prelados católicos protestan contra este escrito.—Son arrancados los misioneros de todas las reducciones.—Breve falso, para la espulsion de los Jesuitas en Portugal.—Pombal manda el primer convoy á los estados pontificios.—Los dominicanos de Civita-Véchia los acógen.—El cardenal Saldanha trata de seducir á los Jesuitas jóvenes.—Desembarazado Pombal de los Jesuitas se ocupa de su cisma nacional.—El librero Pagliarini, y el embajador portugues de Roma.—Pagliarini y sus folletos.—Imprentas clandestinas de la diplomacia.—Relacion de Pagliarini.—Medios que emplea para estender sus obras contra la Santa Sede.—El cardenal Andrés Corsini encubridor de malos libros.—La corte de Lisboa le pensiona.—El P. Malagrida condenado como regicida y quemado como hechicero.—Su proceso por la Inquisicion, del que Pombal es el autor.—Proscripcion de la Compañía de Jesus en Portugal.—Los Jesuitas prisioneros.—Carta del P. Kaulen.—El ejemplo de Pombal alienta á los enemigos de la Sociedad.—Se renuevan las antiguas calumnias.—Se inventa un P. Enrique quemado en Amberes.—Ambrosio Guís y su herencia.—Decreto falso del consejo.—Los Jesuitas condenados á restituir ocho millones.—El P. Girard y Catalina La Cadiere.—La jóven iluminada y el Jesuita crédulo.—Intrigas de los Jansenistas.—El parlamento de Aix absuelve al P. Girard.—El P. Chamillart muerto, como apalante de la Bula.—Milagros obrados en su sepulcro.—El P. Chamillart resucita.—Su carta.

DESDE aquel dia en que los reyes y sus ministros se ligaron con los sofistas del siglo diez y ocho para destruir la Compañía de Jesus, no existe quizás un escritor en Europa, que directa ó indirectamente, de propósito ó por incidencia, no se haya ocupado de tan grande hecho histórico. Cuando el Soberano Pontífice Clemente XIV, por su breve *Dóminus et Redemptor*, sancionó los decretos de espulsion que poco antes habian ya espedido las cortes de Portugal, Francia, España y Nápoles, quedó, por decirlo así, consagrado este ostracismo con el nombre de la Santa Sede; pero, la prue-

ba de que el proceso fué sentenciado, sin que precediese el juicio, es que este se encuentra siempre pendiente en el tribunal de la opinion pública. Los historiadores y los diplomáticos, los filósofos y los utopistas, los católicos y los protestantes, todos ellos, con miras de alabanza ó de vituperio, aparentando desengaños ó esperanzas, ya por lo claro, ó valiéndose del disimulo, han tratado de explicar á su manera lo que hasta al presente ha permanecido inexplicable.

En épocas muy diversas, d'Alembert y el abate Proyart, el conde de Villegas y Tosetti, de la congregacion de las Escuelas Pías; Stark y el capuchino Norberto, Cristobal de Murr y Coxe, Lacreteille y San Victor, Sismondi y Schœll, Ranke y Gioberti, el conde Saint-Priest, y M. Collombet, han venido unos tras otros, y antes ó despues de numerosos escritores en pro ó en contra, á presentar sus inducciones, ya para acusar, ya para justificar á los reyes y al Papa. Los mismos Jesuitas, que tanto interes tenian en la investigación, hallazgo y proclamacion de la verdad, si esta debiese serles favorable, no han sido mas afortunados que los anteriores en la aclaracion de tan singular misterio. Sus enemigos se esforzaban por todos los medios posibles en erigir un glorioso pedestal á Ganganelli. Estos le atribuian virtudes filosóficas, tan ciertas como la correspondencia que le supusieron Caracciolo y M. de la Touche. Los jansenistas y los abogados, los incrédulos y los indiferentes, los revolucionarios y los malos sacerdotes, han rodeado su frente con una aureola inmortal. Les hemos visto acuñar medallas y pagar el entusiasmo que su imagen les inspiraba, y no faltó alguno que, despues de haberle asesinado en sus escritos con la ponzoña jesuítica, ha querido erigirle altares. La circunstancia inaudita de ver brillar á un Papa, contado como en el número de los cómplices cegó su entendimiento; é imponiendo silencio, á lo que llamaban sueños anticristianos, bendijeron la memoria de Clemente XIV. Este fué su Papa escogido, y durante su ovacion continua, los católicos no se atrevieron, sino á manifestar apenas sus dudas, encubiertas con todas las fórmulas del respeto; y no sabiendo mas, que lo que otros habian sabido antes que ellos, lo manifestaban solamente por aquietar su conciencia; pero, siempre con cierta timidez, y á la manera de un escritor honrado que teme calumniar manifestando sus sospechas en lugar de la verdad.

Esta, respecto á la destruccion de la Compañía de Jesus, ayer puede decirse que era un problema indisoluble. Los enemigos de los Jesuitas han formado empeño en hacer la apoteosis del breve *Dóminus et Redemptor*, confundiendo sus palabras entre mentidos elogios. Los amigos de la Compañía, contenidos por el respeto y veneracion que merece la Sede Apostólica; retrocedian á esta sola idea, ó á lo mas se ocultaban con el velo de inofensiva re-

sistencia, cuando llegaba el caso de juzgar al que fué sobre la tierra sucesor de los Apóstoles. Tan singular posicion confundió de tal manera, y produjo tal desórden en los juicios, que nunca pudieron ser favorables á la equidad. Los hijos de San Ignacio de Loyola tenian justos motivos de queja contra Ganganelli; mas sus deberes como religiosos y su caridad como sacerdotes, se oponian á semejantes pensamientos, y á toda clase de investigacion, que al propio tiempo que llenase la conciencia de Jesuita, hiriese en lo mas mínimo á la suprema dignidad del sacerdocio; y así tuvieron por mejor resignarse en su silencio. Hubo algunos que, llevados del deseo de recordar las virtudes y las desgracias de sus hermanos, refirieron todos los acontecimientos relativos á la supresion; pero, aun en esto, jamás traspasaron el limite del cuadro que se habian trazado, y no dieron nuevas luces sobre la discusion.

Nosotros estamos convencidos, de que si, los documentos irrefragables que patentizan su inocencia, por cualquier acaso hubiesen caido en manos de los Jesuitas agraviados, ellos mismos los hubieran confundido y quizás de todo punto aniquilado.

Por un extremo de piadosa delicadeza, cuyo secreto origen jamas será conocido de los hombres, los discípulos de San Ignacio han creido que debian hacer aquello mismo que, inspirados por motivos menos laudables, hacian sus contrarios. Los unos, por no suscitar tristes escándalos, teniendo en su mano los medios de justificarse, habrian ocultado á la posteridad estos documentos de venganza; mientras que otros, temiendo que su contenido los colocase en la dura necesidad de ser justos, los sepultarian en el mas profundo abismo; porque, no es á un papa, no es á Clemente XIV, á quien honran y á quien adulan, es al enemigo de la Compañía de Jesus.

Por mis principios, por mi posicion y sobre todo por mi carácter, no pertenezco á ninguna de esas dos categorías. Soy un escritor amante de la justicia, y la justicia es la única caridad que se permite en la historia.

Durante un viage que acabo de hacer al Norte y al mediodia de Europa, viage cuyas causas explicaré bien pronto en otra obra enteramente política, la Providencia me ha puesto en estado de juzgar con documentos inéditos sobre las ocultas tramas, que llevaron consigo la destruccion de los Jesuitas. Entre una multitud de papeles de diferentes fechas, paises é idiomas encontrados unos á fuerza de diligencia, adquiridos otros sin el menor trabajo por medio de personas que se apresuraban á ofrecérmelos, para trabajos de índole y especie diferentes, se hallaban algunos relativos á la supresion de la Compañía de Jesus. Como historiador suyo, estaba, mas que otro, interesado en profundizar cuanto hubiese de imaginario ó positivo en las acusaciones ó defensas de sus individuos y adversarios;

y dejando para mas adelante los estudios que me habia propuesto sobre ciertos puntos, no menos interesantes, de la historia pasada y contemporánea, me dediqué de lleno á penetrar hasta su mismo fondo, el misterio concierne á los Jesuitas.

De investigacion en investigacion, y como suele decirse, con el sudor de mi frente, pude remontarme hasta las primeras fuentes: el resto ya me fué fácil, y me hice con datos venidos como por encanto, de todos los puntos á la vez. Correspondencias de cardenales y diplomáticos, instrucciones de los reyes y de sus ministros, testimonios escritos, cartas confidenciales, que abririan los ojos á un ciego de nacimiento, salieron de las Cancillerías, de los archivos y de las carpetas, donde se hallaban sepultadas desde hace medio siglo. El Cónclave de 1769, en que el franciscano Lorenzo Ganganelli salio electo Papa, se presentó á mi vista con todas sus peripécias, y así como he podido referir lo que le ensalza, debo igualmente hacerme cargo de cuanto le deshona.

El cardenal de Bernis, el marqués de Aubeterre, embajador de Francia en Roma, el duque de Choiseul, primer ministro de Luis XV, D. Manuel de Roda, ministro de gracia y justicia en España, el cardenal de Orsini, embajador de Nápoles cerca de su Santidad; todos estos hombres se escribian casi diariamente con el fin de estar al corriente de la intriga, que dentro y fuera del cónclave manejaban en partida doble. Ninguno de estos preciosos documentos se ha traspapelado, y todos, sin esceptuar uno, están en mi poder. En ellos pueden leerse, contadas hora por hora, las tentativas, las promesas, las escenas de disolucion cardenalicia, y por último, la transacion oculta que dió un gefe de la Iglesia, asombrada con tan desconocidos escándalos.

Tenia la clave de la eleccion de Ganganelli, ya no me fué difícil penetrar en todo el secreto de su pontificado. El cardenal Vicente Malvezzi, arzobispo de Bolonia, era el agente mas activo de la destruccion de los Jesuitas. El fué quien dictó á Clemente XIV, cuanto debia hacer para llegar al resultado. Sus cartas autógrafas, como todas las demas, no dejan la menor duda sobre este particular al lector mas prevenido. En derredor de aquellos culpables de primer órden se agrupan en segundo término los que no pudieron mas que secundarles en su obra. Entre estos se halla el cardenal Andrés Corsini; Campomanes, confidente del conde de Aranda; y algo mas distantes aparecen en el cuadro, Azpuru, Almada, Moñino, conde de Florida-Blanca; Joaquin de Osma, confesor de Carlos III rey de España, el caballero de Azara, Dufour, intrigante frances al servicio del Jansenismo, y por último, Nicolás de Pagliarini, un librero que, después de haber sido condenado en Roma á galeras, fué admitido en Portugal en el rango y con la consideracion de diplomático.

Estudiando con la mas escrupulosa atencion toda la correspondencia de estos hombres, he llegado al exacto y verdadero conocimiento de los hechos. He tenido y tengo aun á la vista sus cartas originales. Estas son las que me han servido de base para este escrito: ellas son las que le constituyen; á pesar de que éste no contiene mas que su espresion bastante debilitada, porque mas de una vez, ruborizándome, he creido de mi deber, el renunciar á seguir línea por línea su contesto, en ciertos desahogos de bufonería ó implacable odio, á cual mas impios é inmorales, y que corren unidos á la intriga.

Eso no obstante, despues que di cima al trabajo, yo mismo quedé aterrado de mi obra, pues descollaba entre tantos nombres reunidos para deshonorarse los unos á los otros, un nombre á quien la Cátedra apostólica parecia cubrir con su inviolabilidad. Varios principes de la Iglesia, á quienes desde hace mucho tiempo profesó el mas respetuoso afecto, me rogaron que no descoriese el velo que á los del mundo entero ocultaba semejante pontificado. El general de la Compañía de Jesus, quien debia, por tantos y tan poderosos motivos, tener un interes en el descubrimiento que acababa de hacer, unia sus instancias á las de algunos cardenales. En nombre de su Orden y en honor de la Santa Sede, me suplicó con lágrimas en sus ojos, que renunciase á la publicacion de esta historia. Hasta intervino para esto el parecer y autoridad de nuestro actual Soberano Pontífice Pio IX, en las conferencias y argumentos de que mi obra fué esclusivo objeto.

Otros personajes eminentes, por el contrario, considerando la cuestion bajo otro punto de vista, me escitaron á que divulgase el misterio de iniquidad, fundándose en que en medio de las tempestades y borrascas, que ha sufrido y que puede aun sufrir la nave de San Pedro, habia necesidad de aclarar el terreno, cortando por lo sano; pues, como añadian, la inercia de los buenos es lo que dá mas fuerza y valor á los malvados. Pretendian ademas que puesto que la Providencia habia salvado estos preciosos manuscritos de tantas manos interesadas en aniquilarlos, y constituídome su depositario, no seria para que la verdad continuase, como hasta entonces, oculta en el fondo de un archivo. Para alentarme á que nada callase, se apoyaban en venerables autoridades. Invocaban la libertad con que San Pedro Damiano hablaba al Papa Nicolás II: "En nuestros dias, le escribia este santo doctor, en circunstancias mucho mas dificiles, la Iglesia romana, segun su antigua costumbre, no ha tenido reparo en someter á una seria discusion toda especie de cuestion que se presente sobre disciplina eclesiástica; pero, cuando se trata de la disolucion del clero, el temor de provocar los insultos de los seglares la ha cerrado la boca. Semejante reserva de parte de los doctores de la Iglesia, sobre todo en una ma-

teria que escita las quejas de todo el pueblo, es muy reprehensible. Si al menos se tratase de un mal oculto, el silencio seria mas disculpable; pero, ¡oh escándalo inaudito! tan atrevida peste no reconoce limites. Ha llegado hasta el punto de no hacerse la mas pequeña mencion en el sínodo, por respeto mal tenido, de cosas públicas y notorias, que andan en las conversaciones de todos, con el fin de que no solamente no sean castigados los culpables, segun su merecido, sino que aquellos que por su estado debieran ser los vengadores del honor de la Iglesia, sean reputados como cómplices del desórden."

Afortunadamente la situacion no era la misma que en los tiempos de San Pedro Damiano. Yo no tenia, ni sus virtudes, ni sus talentos y se me aconsejaba que supliese todo aquello con un acto de franqueza, que en este caso excepcional, se hacia de todo punto necesario.

Tan contrarios pareceres en boca de hombres dotados de una gran sabiduría y de honradez á toda prueba, infundieron en mi ánimo la duda é incertidumbre; el pro y el contra se hallaban con igual peso en la balanza; por largo tiempo me hallé combatido y fluctuando, entre el deseo y el temor; pero, finalmente, el pensamiento de cumplir con un grande acto de justicia, pudo mas que todas las restantes consideraciones, y me decidí á llevar á cabo mi obra.

Un papa, varios cardenales, obispos, prelados, religiosos, ministros y embajadores, se hallaban desgraciadamente envueltos en la cuestion. Todos ellos habian comprometido sus nombres y la dignidad de su carácter, y á pesar de eso, no creí posible resignarme á cometer una injusticia razonada con los inocentes, para amnistiar por mas tiempo á unos culpables á quienes sus cómplices presentaban aun como modelos de virtud y probidad.

Vivimos en un siglo en que el génio, el pensamiento y la razon falsean su mision civilizadora, rehabilitando el crimen. Del seno de todos los partidos han salido individuos, que con el fin de conquistar para sus oscuros nombres una popularidad efimera se improvisan como adoradores de inteligencias perversas, y como panegiristas de catástrofes sangrientas. Se ocupan como á destajo, de la deificacion del vicio, y de la apoteosis de las pasiones mas criminales. Guardan compasion y lágrimas para el asesino y para el ladron, encubiertos con el manto del patriotismo. A este se le admira, se le poetiza, y su víctima es á quien se acusa. La guillotina es celebrada con cánticos armoniosos; el verdugo es reputado como modelo de heroismo y de nacionalidad, mientras que el mártir en cambio de su abnegacion, no recoge mas que el anatema de la historia. Breno, al pronunciar su terrible *ve victis!* no se dirigia sino á enemigos siempre armados, y por lo tanto siempre temibles.

Hoy día, la palabra: no hay perdón para el vencido! recae sobre todos los sentimientos nobles y generos, y sobre cuantos no consienten en dejarse corromper para adular las masas.

Los fabricantes, por decirlo así, de estos desórdenes sociales, los culpables á quienes la ambicion precipita hasta el mismo asesinato, los sofistas que la profesaron en la tribuna, los oradores que con su falsa elocuencia no pararon hasta ingerirla en la misma ley, convirtiendo á ésta en una vil prostituta encenegada en sangre y en disoluciones cívicas, todo esto por una fatal é incomprendible aberracion del entendimiento ó por una misteriosa disposicion de la Providencia, se encuentra adulado en el momento mismo en que vacilan y están para trastornarse las bases todas de la sociedad presente. En nombre de la inteligencia y de la libertad, principios eternamente bendecidos por la humanidad y bajo el velo de un estilo romancesco, se descende á proclamar la apología de la demoralizacion revolucionaria y de la rapacidad. Se oscurecen las nociones de lo justo y de lo injusto. La destruccion llega á ser una doctrina formulada entre los excesos y vapores de una orgía, y se inmortalizan la maldad y la perfidia humana sancionando sus arrebatos furiosos. Se quiere probar que este es el camino para llegar al progreso moral, á la perfeccion y á la fraternidad, y se hacen y publican libros para legitimar su estermínio. Se desentierran gloriosos cánticos en honor de aquellos que vivieron y murieron sumidos en la embriaguez del mal; y se inventan nuevas palabras de desprecio y envilecimiento para los que acabaron sus dias envueltos en el sudario de sus virtudes.

Halagando de esta manera los malos instintos de la multitud, obligando á su razon á aplaudir el advenimiento del ateismo en la historia, no hay duda que á tan triste precio, puede adquirirse una celebridad; pero no era de esta manera como nuestros antepasados obraban. Por mi parte, no será en esta escuela donde yo busque los modelos. No redactaré una historia valiéndome de sueños de la imaginacion acalorada; la meditaré sobre los autógrafos mismos de aquellos que la han hecho; y la escribiré sin temor y sin odio, porque es la expresion de una verdad tan esacta y tan demostrada como la solucion de un problema geométrico.

No me toca prever la suerte que cabrá á este libro. Chocará, sin duda, contra muchas preocupaciones, despertará quizá pasiones que no querrán condenarse á la vergonzosa confesion de sus errores; herirá susceptibilidades que respeto; é infundirá acaso, en el corazon ó en los lábios de algunas personas, que veneran, como yo, en el mas alto grado la Sede Apostólica, pensamientos ó palabras, de reprension ó disgusto. No es ciertamente la rehabilitacion de los Jesuitas, la que yo proclamo; los hijos de San Ignacio no figuran en mi escrito sino como una parte accesoria. Se ha cometido

una deplorable iniquidad, y esta misma iniquidad es la que se va á poner en claro sin cuidarse de los resultados. El mundo está lleno de escritores poseidos del genio del mal, y no nos queda mas que la audacia y el valor para decir la verdad. El momento ha llegado y todos deben saberlo.

Es cierto que ésta será bien triste para la cátedra de San Pedro, para el Sacro Colegio, y para todo el universo católico; pero del fondo de estas amarguras, de que yo mismo participo, pueden sacarse útiles avisos para el porvenir. Los datos que presento, sacados del Cónclave y de las cancillerías, deben producir una nueva era. No es posible en manera alguna, que Roma siga débil ó tímida, cuando oiga la voz de los diplomáticos interpretando sus complacencias como un síntoma de descomposicion, y gozándose entre sí de su victoria; porque esa misma victoria seria para ellos la aurora del triunfo sobre Nuestra Madre la Santa Iglesia Romana.

Las confesiones que á D. Manuel de Roda se le escapan en la embriaguez de su esperanza, se renovarían aun si existiese otro papa que caminase por igual senda que lo hizo Clemente XIV. No hay necesidad de dictar su deber á los vicarios de J. C. Estos le comprenden y saben llenarle con dignidad y sabiduría. Llegar á recordársele, seria una tentativa por lo menos inútil. Me limito y encierro en el círculo que me he trazado. No me ocupo, ni del dogma, ni de la moral, ni de la doctrina, objetos todos sobre los cuales la Iglesia tiene esclusivamente el derecho de vigilar: tan solamente tomo á mi cargo el exámen y valuacion de un hecho histórico. Discuto, y fundado en documentos originales, refiero acontecimientos que han producido resultados inmensos, y que tendian á torcer la recta vara de la justicia humana. Esta es la obligacion de todo escritor; diré mejor, es un cargo de conciencia, reconocido por todos los hombres de bien, el que cumplo en este momento.

No dudo que es muy cruel para un católico sorprender á príncipes de la Iglesia *in fraganti* de delito de mentira y de venalidad, y mas doloroso aun, ver á un soberano pontífice resistir tímidamente á la iniquidad, fomentada por su misma ambicion, y descender en todo lo posible de su trono, despues que nada perdonó para subir á él. Pero semejante espectáculo, que no tendrá ejemplo, no es cierto que inspira un sentimiento de dolor que la historia no puede menos de recoger? ¿El crimen del Sacerdote supremo no es igual al cometido por cualquiera del pueblo? ¿Dejará de ser mayor aun á los ojos del Supremo Juez? ¿Y si esto es así, despues de tomar en cuenta y de pesar en la balanza las miserias de la humanidad, las buenas intenciones sorprendidas y falseadas por la fuerza de los acontecimientos, y los cálculos mismos de una prudencia demasiado mundana, por qué no se ha de entrar en lo positivo de las cosas, por qué, sin faltar en lo mas mínimo al respeto que en todo

y por todo se debe á la dignidad de Padre comun de los fieles, no se han de condenar en todo tiempo y lugar las infracciones manifiestas de los imprescriptibles derechos de la justicia?

Mientras que la compañía de Jesus no tuvo que luchar sino con el feroz y cruel instinto del Salvage, y con el ódio continuo é implacable de los Hugonotes, de las Universidades y de los Jansenistas, se la vió siempre dar la cara en los ataques, y las mas veces vencer á su enemigo dividiéndole ó avergonzándole de su injusto proceder. Prevalida con el principio de autoridad que proclamaba, análogo á todas las formas de gobierno, hasta entonces, salvo alguna ligera excepcion, habia encontrado en los gefes de los pueblos y paises donde se hallaba establecida, un apoyo constante y una sábia proteccion que redundaba en beneficio de las naciones y de sus príncipes. Desde Roma, centro del catolicismo, estendia su imperio hasta los confines del mundo por el martirio, por la humildad, por servicios realizados en provecho de la educacion, ó por la gloria literaria. La Santa Sede la presentaba en sus batallas teológicas, como la vanguardia y sagrada falange de la Iglesia; pero al contacto de una nueva escuela, que minaba á los tronos adulando á los reyes, y que destruía la moral calumniando la virtud y glorificando el vicio, sintieron los monarcas deslizarse por sus almas un sentimiento de temor y de egoismo. Adormecidos sobre su trano, querian vivir dichosos, sin hacerse cargo de que esa dicha pasajera seria la muerte de su imperio; y, para no ser molestados en su real sosiego, se dejaron arrancar despues de rotos uno á uno los resortes todos de la fuerza pública, é inactivos completamente para el bien, solo manifestaban una soñolienta energía para consagrar el mal.

En semejante crisis, por decirlo así, del poder y de la existencia social, en esta descomposicion moral que los filósofos del siglo XVIII nacidos entre una orgía de la regencia, haciendo aceptar como un progreso, los Jesuitas fueron designados como blanco de la animadversion general. Era preciso pasar sobre los cuerpos de esta milicia sagrada para llegar al centro y corazon de la vieja unidad; y para esto se removió cielo y tierra. Los incrédulos tuvieron fé en la Iglesia, los Galicanos condescendieron en proclamar la infalibilidad del Papa; los extremos se tocaron, y como consecuencia de esto se formó una liga de todas las vanidades, de todos los sueños, de todos los errores y de todas las preocupaciones. Se alistaron en ella los ministros de los reyes, así como los enemigos de toda monarquía, los propagadores de la impiedad y algunos prelados, cuya capacidad no se hallaba al nivel de las turbulentas virtudes de aquella época. La Santa Sede habia entrado en la senda de las concesiones. Por amor de la paz se dejaba despojar impunemente de sus derechos, sacrificaba su iniciativa á necesidades facticias.

y transigia en cierto modo, con las pasiones, para tratar luego de calmarlas ó al menos de dirigirlas.

La Compañía de Jesus, como centinela avanzada, habia sido la primera en denunciar á la Europa los gérmenes de estos desórdenes intelectuales. y oponiéndose desde luego á ellos, ya con audacia, ya con moderacion, luchaba contra las sectas separadas de la Comunión católica, y al mismo tiempo contra el Jansenismo promovedor de la guerra civil en el seno mismo de la Iglesia. Un nuevo aliado se presentó á cooperar con los eternos enemigos de la misma. Este era el filosofismo, que, marchando sin rodeos á su objeto, atacaba á todas las religiones establecidas y haciéndose con un arma de sus discusiones interiores, llas llevaba á todas sin distincion para encaminarlas en el tribunal de sus poetas y retóricos. Estos nuevos maestros proclamaban el indiferentismo y la virtud especulativa; y por su único principio se crearon un Dios y un mundo á su manera, sin fé y sin culto, colocándose sobre un terreno desconocido hasta el dia. Su talento sarcástico y virulento, prodigaba el ridículo en las cosas mas sagradas. Envenenaba las disputas entre el episcopado francés y los parlamentos, y ponian en ridículo las cédulas de confesion y la denegacion de los sacramentos (1) cues-

(1) Las dificultades que sobrevienen en materias de fé ó de disciplina eclesiástica, son siempre serias y complicadas; llevan consigo peligros, y á veces provocan revoluciones. El asunto de las cédulas de confesion y denegacion de Sacramentos tenia un doble origen, pues provenia del foro interno de la ley civil. La Bula *Unigenitus* solicitada por la Iglesia de Francia, y sobre todo por Fenelon, como único medio de poner un término al Jansenismo, no produjo el objeto que se deseaba. Luis XIV, el regente de Luis XV, junto con los parlamentos y la misma mayoría del clero, la aceptaron con gusto, apelando de ella solamente algunos obispos y un corto número de sacerdotes seculares y regulares. Ya hemos visto el punto á que habian llegado las cosas durante la regencia de Felipe de Orleans, y se ha visto la parte que en ellas tomaron los Jesuitas; resta solo referir en pocas palabras el origen de estas privaciones de Sacramentos, que fueron atribuidas á los mismos Jesuitas. A poco que se consulte á los eseritores del jansenismo, se verá con asombro que no fueron los Padres de la Compañía, como se cree vulgarmente, los que inventaron estas precauciones y los que las llevaron hasta el abuso.

En 1720, Baudry, lugarteniente de policía, hizo comparecer á su presencia á cerca de trescientos Jansenistas, sacerdotes en su mayor parte; un cierto número fueron desterrados: Dorsanne, en la pág. 64 del tom. II de su *Diario*, nombra al autor de este hecho. "Semejante procedimiento, dice, habia sido imaginado por el P. de La Tour, general del Oratorio." El abate Couet, confesor del cardenal de Noailles, y uno de los agentes mas activos de la secta, "queriendo, prosigue Dorsaune, hacer entrar al abate Dubois en este negocio, concibió el proyecto y se le mandó por escrito." Por esto se ve que no fueron los Jesuitas los que persiguieron á los Jansenistas, sino que los Jansenistas mitigados ó moderados, fueron los primeros que cometieron vejaciones con los Jansenistas exaltados. La primera denegacion de sacramentos, siempre con el testimonio de Dorsanne, tuvo lugar en 1721. El cura de San Luis no consintió en manera alguna que se administrase el Viático al Oratoriano Lenlog quien no queria retractar su *appel*. El segundo ejemplo de esto acaeció, en la